

Murakami, *Underground. The Tokyo Gas Attack and the Japanese Psyche*, Vintage Books, London, 2003.

El 20 de marzo de 1995, miembros de la secta Aum Shinrikyo (verdad suprema), colocaron bolsas con gas sarín en trenes del metro de Tokio. Tras pincharlas con paraguas de puntas afiladas, abandonaron los paquetes con la intención de causar una matanza indiscriminada. Murieron 12 personas y 5.500 resultaron afectadas por el gas. Murakami construye, a partir de estos hechos no una novela, como era de esperar por su profesión, sino un libro de testimonios que recoge las vivencias de sesenta de los afectados por este ataque. Posteriormente, se le añadieron media docena de entrevistas con miembros del culto. El objetivo era dar voz a las víctimas de un atentado terrorista. Lo que normalmente figura en los periódicos o libros de texto como una fría cifra, esconde los padecimientos de los heridos leves y graves, su lucha cotidiana con miedos y desfiguraciones que ya no los van a abandonar. Los heridos leves son la base de todo atentado. Por mucho que los terroristas digan dirigirlos contra un objetivo concreto, siempre pretenden causar el mayor número de víctimas posible. Cada una de ellas será un testimonio, una palabra en el texto propagandístico del terrorista. Los heridos leves, los graves, los muertos, son la carta que el terrorista envía al poder, la carta que el poder no quiere recibir y que, cuando lo hace, no sabe muy bien qué hacer con ella. Como decían los anarquistas del siglo XIX, el terrorismo es propaganda por la acción. Murakami ha pretendido que esto no quede así, que las víctimas de un atentado hablen por sí mismas, no a través de sus cuerpos, sus heridas, sus secuelas, como quiere el terrorista. Pero el resultado es algo más que eso.

Japón es un país muy peculiar. En él resulta normal que los amigos, los familiares o los jefes, acuerden tu matrimonio llegado a una cierta edad. Los empleados tienen como regla acudir a su puesto de trabajo una hora antes de la apertura, no para hacer nada concreto, sino para estar allí por si son necesarios. Los trabajadores pasan toda su vida ligados a una empresa y cuando se jubilan... montan la suya propia. Éste es el Japón que asoma por entre las líneas del libro de Murakami y, sin duda, la parte más interesante del mismo. Lo que se supone que ha de ser el núcleo del texto, es siempre la repetición de unos mismos hechos, contados por personas diferentes y sucedidos en estaciones con nombre diferentes. En realidad, los atentados tienen siempre muy poco que contar.

Para entender lo sucedido, lo primero que hay que entender es la naturaleza del gas sarín. Se trata de un gas que no se ve y con un olor dulzón, casi empalagoso, que

recuerda vagamente a algún producto de limpieza, pero que en ningún momento resulta amenazador. Para ningún ciudadano debe ser fácil asociar las toses y los ojos llorosos de los compañeros de vagón de metro con una bolsa de la que sale un extraño líquido y que parece abandonada bajo un asiento. Mucho menos probable resulta esa asociación si estamos hablando de ciudadanos japoneses, absolutamente ajenos al terrorismo que ha sacudido Europa en sucesivas oleadas. Lo segundo que hay que entender es que un ciudadano japonés que se levanta para ir a su trabajo, *va a su trabajo* y el hecho de que ocurran cosas extrañas a su alrededor no se lo va a impedir. Muchos de los afectados por el ataque contra el metro de Tokio, fueron sacados de sus puestos de trabajo por sus jefes y llevados entonces a los hospitales. Por último ha de quedar claro, que los avances de la sociedad japonesa no han impedido que siga teniendo un sistema de atención sanitaria bastante “curioso”, por describirlo de un modo magnánimo. A partir de aquí la tragedia estaba servida.

Un país acostumbrado a los terremotos, donde el metro es una de las zonas sensibles, carece de un sistema de emergencia que funcione medianamente. La inmensa mayoría de los entrevistados no llegaron a los hospitales mediante ambulancias. Es lógico que en un atentado de esta magnitud, no todas ellas puedan ser atendidas por los servicios de emergencia, pero muchos testigos reportan que policías y bomberos sólo llegaron cuando ya todas las víctimas habían sido evacuadas. El resultado es que los heridos se desperdigaron por una multitud de hospitales, la mayor parte de los cuales, al no observar en ellos síntomas reconocibles, mandaron a los afectados a sus casas. Los primeros protocolos de tratamiento tras el ataque fueron remitidos por la Universidad de Shinshu porque el responsable del área de emergencias, según sus propias palabras, casualmente estaba presente en dicho hospital cuando se produjo el atentado. Él mismo reconoce que si no hubiese estado allí, podrían haber pasado días antes de que los protocolos se hicieran llegara los hospitales. Aún más, durante todo el primer día de gestión de la crisis, no recibió ningún tipo de comunicación por parte de sus superiores. Las únicas noticias que tuvo de lo que estaba sucediendo, incluida la confirmación del agente del ataque, llegaron a través de la televisión. Una vez llegados a este punto determinar los pasos a seguir fue relativamente fácil porque la Universidad de Shinshu se encargó de atender a los afectados por un ataque anterior con el mismo gas realizado también por Aum Shinrikyo. Este atentado, conocido en Japón como el incidente de Matsumoto y que costó la vida a cuatro personas ¡fue atribuido por la policía a un campesino que figuraba entre las víctimas!

Hasta aquí los hechos. La explicación que les da Murakami es bastante traída por los pelos. Se agarra a un refrán japonés que dice que el clavo que sobresale recibe el martillazo. Para él, los miembros de la secta eran inadaptados sociales, que como consecuencia de la cerrazón de la sociedad japonesa se fueron radicalizando, hasta adoptar una postura que ellos consideraban defensiva. Aunque, efectivamente, éste es un mecanismo que funciona en la mayor parte de los movimientos terroristas, lo cierto es que este proceso se inicia una vez que la organización ha decidido pasar a la clandestinidad y no antes. La explicación de Murakami deja en los límites del misterio el hecho de que las personas que cometieron materialmente los atentados eran personas que habían sido educados para acceder a los más altos puestos de la administración. La mayor parte de ellos no eran inadaptados sociales, sino personas que estaban destinadas, de una manera u otra, a dirigir el país.

Murakami no menciona en su explicación algo que aparece reiteradamente en los testimonios tanto de las víctimas como de los miembros de la secta. Desde el “tequilazo” del año 95, la economía mundial estaba sufriendo una crisis que habría de culminar en la caída de los tigres asiáticos de 1998. En aquel momento la situación de la economía internacional era de una profunda inestabilidad, el propio sistema bancario mundial estaba amenazado. Como siempre que Japón entra en crisis por factores externos, la culpa se achaca a factores internos a la propia cultura japonesa, apareciendo ésta como un factor de bloqueo de las posibles soluciones. De la brutalidad del reajuste económico que generó esta crisis y del terremoto que causó en la mentalidad japonesa da idea el que las empresas se plantearan por primera vez la necesidad de despedir empleados para mejorar la cuenta de resultados. Hay más. En este texto se mencionan reiteradamente las elecciones de finales de 1993 en las que Aum se presentó bajo un programa electoral cuyo punto único era la promesa de salvación (*sic*). El escrutinio le adjudicó a Aum unos pocos miles de votos, bastante menos que el número de seguidores de la secta, por lo que éstos asumieron como un hecho que estas elecciones habían sido amañadas y se les había robado la victoria. Para el resto de los japoneses, estas elecciones pasaron a la historia por ser las que desalojaron del poder al Partido Liberal por primera vez desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Su lugar en el espectro político fue ocupado por una serie de escisiones del mismo que fracturaron el arco político en un sin fin de pequeños partidos con representación parlamentaria. Esta situación no hizo sino subrayar la profundidad de la crisis y la incapacidad del poder político para buscar soluciones a la misma. Lo que tenemos es un bloqueo cultural,

acompañado de un bloqueo político y económico, al cual había que añadir un factor de milenarismo por la proximidad del año 2000.

Aum reclutó a sus miembros de las mismas clases sociales que la RAF en Alemania, el IRA en Irlanda o ETA en España en los años 70. El modo en que se constituye una secta queda bastante claro en los testimonios recogidos en este libro. En primer lugar, una secta debe conseguir una base social lo suficientemente amplia. Para ello nada mejor que reclutar a los individuos que no han podido aprovechar el *boom* económico y que, cuando surge la crisis, son los primeros desamparados. Lo primero, por tanto, es reclutar al mayor número posible de trabajadores sin cualificación. Cuando se recluta a estos individuos la recluta debe ser lo más rápida posible. Para ello es conveniente tener una doctrina escasamente elaborada, que consistirá en una serie de respuestas fáciles de comprender y memorizar a las preguntas que todo ser humano se hace. Detrás de ellas debe haber un entramado conceptual lo suficientemente complejo como para que nadie con los niveles de estudios de estos primeros reclutas entienda gran cosa. El dinero se obtiene de vender a precio de oro unas cintas con grabaciones del líder y pedir unas brutales cuotas de ingreso en concepto de alojamiento, ropa y seminarios. Alojamiento que consistirá en poco más que una cama en un barracón donde estarán alojados otros muchos miembros del grupo. Naturalmente, si la comida por la que se ha pagado un precio de restaurante de lujo resulta ser poco más que arroz y verduras cocidas, la justificación es que esa comida “purifica”, no que sea la más barata. Del mismo modo el vestuario igualitario y simple se justifica en función del abandono de las modas y no en que sea la ropa más barata y fácil de confeccionar por los propios miembros de la secta. Si a ello unimos la mano de obra gratis, el grupo tiene ya suficiente poder económico para crecer comprando edificios y editando todo tipo de publicaciones. Éste es el momento en el que la organización debe dar un salto cualitativo.

Los nuevos reclutas deben proceder ahora de los niveles más elevados de la sociedad, de las élites políticas, sociales y culturales. Normalmente este salto se logra a través de la universidad, donde no resulta difícil encontrar gente dispuesta a dejarse tentar por soluciones heterodoxas a problemas corrientes. Obviamente ellos serán sólo un puente hasta los individuos intelectualmente bien preparados. Seducirlos resulta escalofriantemente fácil. En general resultan atraídos por el propio tamaño de la organización, por la entrega de sus miembros y por el galimatías de las ideas que hay detrás. Cómo y por qué éstas capturan las mentes de aquéllos suele ser un enigma

intelectual lo suficientemente atractivo como para que este tipo de individuos se acerquen a la organización. Si este cebo no basta siempre hay otra vía de acercamiento y es hacerles ver que el líder se ha fijado en ellos para asumir tareas directivas. Al fin y al cabo, también van a formar parte de una élite. Una élite que ya no se mide por los cánones habituales sino por otros mucho más “elevados”. La idea de “hacer algo”, de “hacer algo nuevo”, de ponerse al frente de una empresa de este género sin tener que esperar los largos años que cuesta el ascenso social, especialmente en una sociedad como la japonesa, resulta tan tentadora que eclipsa cualquier disparate que sus mentes puedan detectar en las ideas del grupo. Por supuesto, este proceso es lento. Pero la lentitud del mismo favorece una vez más a la secta, pues se trata de ir acercando lentamente a este tipo de individuos mediante una compleja serie de charlas, seminarios y entrevistas con el líder, todas las cuales hay que abonar religiosamente (nunca mejor dicho).

¿Cómo se sienten los miembros de la secta? Simple, se sienten felices. Se los convence de que están entrando en un plano superior de sus existencias, en el cual las responsabilidades de la vida cotidiana carecen de importancia. Se les suministra comida, ropa, alojamiento. Están con personas con las cuales lo comparten todo, ocupaciones, intereses e ideas. Tienen todas las dudas cotidianas y trascendentales resueltas. La organización piensa por ellos. Después de cuatro, cinco o seis años dentro, cualquiera estará dispuesto a convencerse a sí mismo de cualquier cosa antes que admitir que ha perdido seis años de su vida en algo que no merecía la pena. No hay mucho más detrás de la fidelidad a este tipo de organizaciones y de la ceguera con que se siguen las directrices sean éstas las que sean. Al fin y al cabo la vida del esclavo siempre ha sido más fácil que la del hombre libre.

Manuel Luna Alcoba